

Los profesionales de atención primaria en Chile, encontrarán información y orientación en este libro, cuyo carácter mantiene los principios de racionalizar y precisar a la vez los infundados temores a la terapia hormonal; por lo que parte importante de este libro está dedicado a la exposición y justificación, de tales postulados esenciales.

En la amplitud de estos propósitos, este libro se limita a ofrecer una visión de conjunto del estado actual de la mujer que consulta en atención primaria por climaterio y las posibilidades de mejorar en el futuro su calidad de vida, mediante intervenciones de reorientación en los estilos de vida y de prevención y tratamiento médico de las patologías específicas.

La supervivencia cada vez mayor que está alcanzando la población, especialmente la femenina, junto al mejoramiento de la calidad de vida que aportan las terapias actuales, obliga a la Universidad a expandir hacia la comunidad sus investigaciones y postulados a través del trabajo tesonero de los profesionales del Ministerio de Salud.

Dr. Oscar González Campos

La Construcción Socio-Cultural de la Vejez desde una Mirada de Género

PAULINA OSORIO P.

*Antropóloga Social, Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de Chile.*

MICHELLE SADLER S.

*Antropóloga Social,
Universidad de Chile.*

ENVEJECER RESULTA un proceso natural y es una consecuencia de nuestra condición humana, es decir, es parte del ciclo vital. Sin embargo, cuestiones tales como qué es la vejez, a qué edad comienza, cuáles son las expectativas de vida para los individuos o la calidad de vida durante el proceso de envejecimiento, están dadas socialmente y son propias de cada sociedad y cultura. La vejez es parte del ciclo vital, nace junto con el hombre y la mujer y al igual que el género, es una categoría social, un constructo sociocultural con un fundamento biológico. Edad y género son mucho más que dos variables aditivas o independientes en el estudio de lo social; al interactuar forman una nueva categoría con elementos de ambas, pero no reducible a ninguna de ellas, donde el todo es más que la suma de las partes. Es en este sentido que la presente reflexión pretende constituir un aporte para analizar la interrelación entre las categorías de envejecimiento (como parte del ciclo vital) y género, y de situarlas en tramas socioculturales específicas a cada contexto, que además se cruzan por otras variables como clase y etnia, entre otras.

Antes de entrar en la reflexión acerca de la vejez propiamente tal, nos interesa aclarar conceptualmente a qué nos referimos al hablar de género. La categoría de género alude a las construcciones socioculturales en torno a las diferencias sexuales. El género facilita un modo de decodificar el significado que

las culturas otorgan a diferencia de sexos y de comprender las complejas conexiones entre varias formas de interacción humana. En este sentido, alude a la noción de construcción, de arbitrariedad cultural. Simone de Beauvoir en "El Segundo Sexo" anunció esta idea cuando sostuvo que "no se nace mujer, se hace"; lo mismo podríamos decir hoy de los hombres, en la medida en que los atributos asignados a lo femenino y masculino varían de sociedad en sociedad y de época en época. Ello, porque no hay nada fijo en las identidades de los sujetos, por eso cuando hablamos de identidades de género, estamos suponiendo un proceso de identificación y diferenciación constantes donde, casi como en un juego de espejos, hombres y mujeres nos miramos para reconocernos y desconocernos⁽¹⁾.

El concepto de género presenta una serie de atributos que son esenciales para su comprensión. En primer lugar podemos mencionar su carácter relacional; alude a las distinciones entre lo femenino y lo masculino y a las relaciones y vínculos entre ellos. El correlato de ello es que las relaciones entre hombres y mujeres son relaciones sociales, y como sostiene Joan Scott⁽²⁾ son las relaciones sociales primarias donde se articula el poder. De allí que en las distintas comunidades humanas encontraremos relaciones de género donde las mujeres son subordinadas, en otras percibiremos complementariedad y en otras, como piensan algunas antropólogas, igualdad.

Luego, podemos referirnos a la variabilidad que conlleva el concepto de género, al concebir que la definición de hombre o mujer, en tanto construcción cultural, variará de cultura a cultura, siendo imposible universalizar a "la mujer" o "el hombre". Al mismo tiempo, al hablar de género nos referimos a la multiplicidad de elementos que constituyen la identidad del sujeto, lo cual "supone una noción de sujeto múltiple. Esto es, cada uno(a) de nosotros(as) experimentará su género de acuerdo a la clase social, a la generación (edad) y a su pertenencia étnica. Del mismo modo, la posición que ocupemos en las distintas estructuras sociales estará marcada por esas diferencias. De esta manera evitamos reducir a las personas (dando pie con eso a la discriminación) y más bien las entendemos como un complejo y entrecruzado cruce de rasgos y pertenencias"⁽³⁾.

Además, no se puede dejar de lado el importante peso de la subjetividad, de los procesos de elaboración psíquicos y su constante tránsito desde lo social a la matriz individual y desde ésta al mundo colectivo. Como último atributo

relevante, podemos mencionar el posicionamiento, ya que un análisis de género supondrá el estudio del contexto en que se dan las relaciones entre hombres y mujeres, y de la diversidad de posiciones que ellos ocuparán, sobre todo en sociedades complejas. De este modo, cuando hablamos de género y vejez, tenemos que necesariamente especificar las diferencias que existen entre ser hombre mayor y ser mujer mayor y las que se dan al interior de ellos(as), en cada contexto particular.

Esto nos lleva a referirnos a sujetos que necesariamente se insertan en estructuras que adquieren determinados significados en cada grupo humano. Para la antropóloga mexicana Marta Lamas, el centro de análisis de género se sitúa en las relaciones de poder: "el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder"⁽⁴⁾. En este sentido, el género es el campo primario dentro del cual se articula el poder, y se compone de cuatro elementos principales: los símbolos y mitos, los conceptos normativos que manifiestan las interpretaciones de los significados de los símbolos, las instituciones y organizaciones sociales de las relaciones de género, y la identidad. En conjunto, estos elementos determinan la naturaleza de las estructuras de género en cada contexto particular. El proceso de socialización de género, entonces, establece las bases de una desigualdad de poder al condicionar de manera preeminente las identidades femenina y masculina. La interiorización del rol sexual correspondiente inunda la subjetividad de cada persona y la instala en el lugar asignado a su género, en el espacio del poder si es hombre y en el espacio del no poder si es mujer⁽⁵⁾.

Para Lamas⁽⁶⁾, desde la antropología, la definición de género o de perspectiva de género alude al orden simbólico con que una cultura dada elabora la diferencia sexual. Esta perspectiva, llamada construcción simbólica del género, plantea que las diferencias sexuales son la base desde la cual se estructuran categorías simbólicas que definen lo que corresponde a lo masculino y lo femenino en cada contexto particular. Estas categorías definen prácticas, ideas, discursos e ideologías que dan forma a las estructuras de prestigio y de poder de cada sociedad.

Sherry Ortner⁽⁷⁾ es una de las principales exponentes de la perspectiva simbólica del género; ante la constatación de que la mujer ha sido univer-

salmente subordinada, se pregunta qué hay de común en las distintas culturas para que esto ocurra. La respuesta apunta a que las mujeres han sido asociadas a la naturaleza, mientras los hombres se han relacionado con lo cultural, apareciendo lo natural devaluado ante lo cultural. Desarrolla tres argumentos principales para explicar esta asociación: el cuerpo de la mujer y sus funciones están implicados más estrechamente que los del hombre a procesos relacionados con la vida de la especie (menstruación, gestación, crianza hijos, lactancia, etc.); el cuerpo y funciones propias de la mujer la sitúan en roles sociales que tienen relación con la socialización de seres humanos, roles que tienen menor valoración social que los desarrollados por los hombres; y los roles sociales tradicionales de la mujer dan lugar a una estructura psíquica distinta de la masculina, y supuestamente más cercana a las estructuras de la naturaleza que a las de la cultura. Como la cultura domina o controla a la naturaleza, se genera la noción de que los hombres controlan a las mujeres; y como consecuencia de esto se genera la distinción entre los dominios privados (femeninos) y públicos (masculinos).

La autora concluye que la mujer se encuentra ante una situación circular, tristemente viciosa: existen diversos aspectos que colaboran a que la mujer sea vista como próxima a la naturaleza, y esta concepción es incorporada en formas institucionales que reproducen la situación.

Los planteamientos de Ortner fueron criticados, por suponer que la subordinación de la mujer ha sido universal y por plantear que la cultura ha sido en todas las sociedades concebida como superior a la naturaleza. A pesar de que tras estas críticas la autora elaboró una respuesta basada en los conceptos de dominio y prestigio, su análisis sigue vigente por cuanto "permite identificar los valores que las culturas particulares otorgan a lo femenino y a lo masculino. Esos valores, a su vez, nos dan pistas para conocer las ideologías de género que operan en cada sociedad"⁶⁹.

Del mismo modo en que cada cultura particular otorga determinados valores a lo femenino y a lo masculino, la vejez también adquiere una valoración y significado cultural en cuanto es una categoría aprendida y transmitida a través de la socialización. Es así como tanto la edad como el género son categorías con una base biológica, que se encuentran definidas y normadas culturalmente, y cruzadas por la experiencia subjetiva de cada individuo.

El género es uno de los elementos constitutivos de la identidad de las personas, que las acompaña a lo largo de toda su vida. La vejez marcada por el género no es sólo una realidad cronológica, sino también una realidad fuertemente ligada a experiencias en el paso del tiempo. Y por ello, no podemos limitar el estudio del envejecimiento a una cuestión meramente cronológica ni sólo cultural. Es también una realidad experiencial.

La experiencia se construye a partir de fenómenos y determinadas categorías sociales, que a su vez son formas de construcción de la realidad. Así visto, la experiencia es la manera de incorporación al mundo por medio de emociones y sensaciones. Es más bien una actividad que estructura la vida cotidiana. Esta noción de experiencia adquiere sentido en cuanto las personas mayores no están completamente socializadas. Y ello ocurre porque la acción social no posee unidad y no se la puede reducir a un programa único. Por lo tanto no existe una socialización y endoculturación total. El individuo está socializado en la medida en que aún se puede socializar. La socialización nunca es un proceso acabado. La experiencia de envejecer en las mujeres y hombres como miembros de la sociedad las y los introduce en una permanente socialización hacia la menopausia, andropausia, vejez y jubilación como parte de esa socialización.

Si las diferencias de género continúan operando en la vejez, hombres y mujeres se enfrentan de forma diferente al proceso de envejecimiento. El género como categoría socio-antropológica y como componente de la identidad social de los individuos cumple un papel importante en la comprensión y explicación de dicho proceso vital. No podemos hablar del significado social de la edad haciendo abstracción del género. Por ello, se debe marcar una diferencia entre ser mujer mayor y ser hombre mayor. La cultura con las costumbres, sistema de valores y visión del mundo está estrechamente ligada al proceso de envejecimiento. Ahora, no son todos los conceptos asociados a la vejez aplicados de la misma forma en cuanto a la cultura, género y clase social. Las perspectivas feministas en envejecimiento y el enfoque cultural de la diversidad en envejecimiento amplían los planteamientos geriátricos y de la gerontología social.

El enfoque cultural también es importante en cuanto rompe con la barrera de la demografía. Vale decir, que el interés por el estudio de la vejez

no se apoya sólo en el cambio demográfico ni en el envejecimiento de la población, sino también en sus características internas como proceso dentro de un contexto determinado y en su relación con otros elementos culturales. Se interesa por los significados y las dinámicas culturales de la vejez en diversos grupos sociales, étnicos y minorías. La perspectiva transcultural, por ejemplo, permite acceder a las diferencias de las experiencias de la vejez y contemplarlo desde sus particularidades. Los investigadores suelen utilizar en su análisis categorías 'occidentales', sin advertir las diferencias culturales, incluso dentro de las mismas sociedades occidentales que cada vez son más multiculturales y manifiestan una mayor diversidad.

Remontándonos a nuestros ancestros, por medio de algunos ejemplos etnográficos, nos daremos cuenta de que en las culturas ágrafas, el promedio de vida de las bandas nómades de cazadores-recolectores y comunidades semi sedentarias no superaba los 19 y 20 años respectivamente. En el caso de los grupos esquimales, que se ven enfrentados constantemente a las dificultades climáticas, las personas más ancianas deciden voluntariamente la muerte, alejándose de la banda para no ser más una carga para el grupo. En cambio, los pueblos nómades de la zona de Tierra del Fuego, como eran los yaganes, cuidaban a sus ancianos, pues entre padres e hijos se establecía una relación de afecto y solidaridad, y debían, por lo tanto, permanecer juntos hasta que la muerte los separara. En los pueblos bantúes del África Sud-Ecuatorial, los más viejos del grupo eran quienes se encontraban más cerca de las deidades, ello se traducía en un importante reconocimiento social, pues intercedían en nombre de su clan frente a los antepasados. Asimismo, en el pueblo mapuche, la longevidad se asocia a un poder sobrenatural; los ancianos son valorados por su experiencia y la sabiduría que le proporciona todo lo que han vivido. Por ello los más ancianos, por sus diversos roles al interior de su sociedad y de la familia, disfrutaban de bienes, poder, autoridad y prestigio social en relación al grupo.

Resulta científicamente significativo descubrir -o constatar-, por medio del análisis comparado de diferentes culturas, que la noción de edad -como también los conceptos de vejez, jubilación o salud- no es una categoría universal; es una construcción sociocultural, y su significado e importancia varía de acuerdo al contexto cultural. Los ejemplos etnográficos antes expuestos pueden ser resumidos en el siguiente cuadro explicativo:

Cultura	Costumbres e imaginario de vejez
Esquimales	Las personas ancianas deciden voluntariamente la muerte, alejándose del clan para no ser más una carga para el grupo.
Nómades de Tierra del Fuego: Yaganes	Cuidaban de las personas ancianas. Entre padres e hijos se establecía una relación de afecto y solidaridad, y permanecían juntos hasta que la muerte los separara.
Pueblos del África Sud-Ecuatorial: Bantúes	Los más ancianos del grupo eran quienes se encontraban más cerca de las deidades, ello se traducía en un importante reconocimiento social, pues intercedían en nombre de su clan frente a los antepasados.
Cultura Mapuche	La longevidad se asocia a un poder sobrenatural. Las personas ancianas son valoradas por su experiencia y la sabiduría que le proporciona todo lo que han vivido. Los más ancianos, por sus diversos roles al interior de su sociedad y de la familia, disfrutaban de bienes, poder, autoridad y prestigio social en relación al grupo.
Cultura Occidental (chilena)	La vejez se asocia a imágenes negativas de pérdidas, carencias y deterioro, y en una relación directa con la muerte. Las personas mayores son conceptualizadas como dependientes, inactivas, improductivas, enfermizas, intolerantes, etc.

En la cultura occidental moderna -como la chilena- se configuran imágenes negativas de la vejez, principalmente ligadas a ideas de negación y pérdidas (roles, funciones, prestigio, etc.). Ser vieja y viejo se conceptualiza a base de carencias, deterioro, desgaste y en términos opositivos a la juventud. Esta es la etapa de la integración, de la vida laboral, en la cual se establece y consolida la mayoría de la redes y relaciones sociales; en cambio, en la vejez, todo aquello 'queda atrás'. Los valores ideales de vida están dados, socialmente, por lo que ser joven significa: cánones de belleza, vitalidad, salud, sexualidad y agilidad.

De entrevistas en profundidad llevadas a cabo en un contexto de investigación de campo⁽⁷⁾, se desprende que la menopausia -45 ó 55 años, aproximadamente- es el acontecimiento que marca simbólicamente el comienzo de la

adulthood mayor en las mujeres. Curiosamente, la ley establece que, a los 60 o 65 años, una persona es considerada adulto mayor. La mujer que envejece marca el comienzo de esta etapa del ciclo vital diez años antes, y lo hace desde su cuerpo, cuando vive la pérdida de su capacidad reproductiva. Esto significa que no sólo se ha 'jubilado' en la esfera de lo público, sino que, en la esfera de lo privado y lo doméstico, también se ha perdido su rol: el reproductivo. De tal forma que la mujer que envejece concibe estos cambios en su cuerpo como un proceso biosocial. La identificación, culturalmente arraigada, de la menopausia como "el comienzo del deterioro del cuerpo de la mujer [...] contribuye a fijar en las mujeres el comienzo de la vejez de una manera distinta de cómo se hace en los hombres"⁽⁸⁾.

El cuerpo adquiere así una dimensión simbólica antropológica cargada de respuestas y significaciones culturales en torno a sus cambios, transiciones y transformaciones biológicas. Lo corporal no es sólo natural, sino que siempre es construido social y culturalmente. El cuerpo es un lugar que cambia en su funcionamiento, configuración, la interacción con él mismo y su (auto) percepción. De aquí se desprende también que la edad cronológica de hombres y mujeres mayores no coincida con su edad sentida y social.

Entendemos por edad cronológica o real los años o el tiempo a partir del nacimiento. Posee un punto de partida definido y bien delimitado: una fecha en el calendario.

Hay multiplicidad de elementos que configuran el ser persona mayor, más allá de rotulaciones como tercera edad o adulto mayor que la homogenizan en una sola categoría de edad cronológica. Es fundamental considerar las diferencias individuales y grupales que van caracterizando a cada edad. Se constata que "al hablar de las personas en edades comprendidas entre los cero y los 40 se suelen realizar distinciones según los tramos de edades diferentes en que se encuentran. ¿Por qué se tiende a homogeneizar a las personas de '65 y más años' con las de 80, 90 o incluso 100 años? [...] La definición de vejez en función de la edad cronológica resulta un criterio insatisfactorio"⁽⁹⁾.

La edad cronológica está asociada a una serie de roles, responsabilidades, actividades e interacciones interpersonales y grupales al interior de la sociedad. Es así como la edad cronológica adquiere una significación social más amplia. Hablamos entonces de edad atribuida o social. Al interrelacionar

la edad cronológica con una serie de roles sociales o con nuestro posicionamiento en la sociedad a partir de nuestra existencia vital, nos encontramos con que "existen contenidos culturales propios de cada etapa vital"⁽¹⁰⁾, y es lo que conceptualizamos como edad social. Es la interconexión entre la existencia de una persona en un punto de su historia individual y la realidad socio-cultural, su ser en sociedad. La edad atribuida tiene como referente la cronología pero con características que definen a las distintas edades o décadas, y como categorías de edad, sea infancia o niñez, adolescencia, juventud, madurez y vejez. Cuando hablamos de "veinteañera" o de "cuarentón" no solo hacemos distinciones cronológicas o físicas propias de cada edad real, sino que le estamos sumando una carga social y una serie de atributos socio-culturales a cada uno de ellos.

El concepto de edad social fue acuñado por la Psicología evolutiva para explicar de qué forma las sociedades, por medio de sus creencias culturales, establecen una relación entre la edad cronológica de los individuos y los roles y funciones que pueden desempeñar, como también dar cuenta del conjunto de expectativas que toda cultura establece en torno a su comportamiento social en las diferentes etapas del ciclo vital. Conceptos como infancia, juventud, adultez o vejez son categorías que se reducen o amplían al analizarse en referencia a aspectos como economía, la sanidad o la política, entre otros. Se dice que "la vejez llega antes y dura más"; "la juventud es cada vez más larga"; "la niñez dura cada vez menos", etc. Los límites y duración de ellos están dados socialmente, de hecho son una construcción social y sus significados son socialmente construidos y compartidos. La vejez y los valores ligados a ella varían si se trata de una tribu africana o en la sociedad occidental.

Un grupo de profesionales e investigadores del tema se refiere al imaginario de vejez en la sociedad occidental moderna expresándolo de la siguiente forma, para el caso de la realidad de la mujer mayor:

i) Que hay una serie de imágenes, mitos y estereotipos de la sociedad, respecto de la mujer mayor, que permiten marginar o separar a las mujeres mayores del resto de la sociedad. Los mitos acerca de los mujeres mayores constituyen la base de creencias económicas, psicológicas, sociales y biológicas acerca de ellas. A pesar de que estas creencias son infundadas y negativas en su orientación, tienden a ser aceptadas como hechos. Por ejemplo, a las mujeres ma-

yores se las caracteriza como pasivas, pobres, asexuadas, solitarias, obsoletas, inefectivas, conservadoras, enfermas crónicas y en necesidad de constante cuidado o institucionalización. En otras palabras, dependientes. Tales creencias o mitos, las empujan hacia la periferia de la sociedad chilena.

ii) Que las normas específicas de género basadas en el machismo –ese complejo sistema de dominación masculina– delimitan la vida de las mujeres durante todo su ciclo de vida y afectan directamente la calidad de vida de la mujer mayor. Esas mujeres son el producto de normas culturales que prescriben una dicotomía en los roles de hombres y mujeres. El poder, la toma de decisiones y el control pertenecen al mundo social de los hombres, mientras el de las mujeres ha sido uno de empobrecimiento, mutilación y minimización de sus intereses vitales y delimitación de sus existencias⁽¹⁰⁾.

Sin embargo, y sin negar el peso de la edad real, ésta también entra en juego con la subjetividad (individual y colectiva, percepción del grupo). Teresa del Valle propone y destaca la necesidad de explicitar la diferenciación de edad desde el sentimiento. El punto de partida de esta edad sentida es la realidad subjetiva de cada hombre y cada mujer. “Se configura a partir de cualidades personales y de carácter que manifiestan grados de autoestima, salud, capacidad de adaptarse a los cambios, habilidades sociales así como aspectos relacionados con las características del entorno social y afectivo”⁽¹¹⁾. El punto de partida de la edad sentida es la definición que la persona hace de sí misma. Por ejemplo, “me he jubilado, pero yo aún me siento joven”. Se asume que frente a cada edad se da un determinado sentimiento.

Muchas veces los grados de autonomía derivados de los estados de salud inciden directamente en el desarrollo y grados de inserción e interacción social de las personas mayores. A pesar, de ello la subjetividad asume un rol de relativismo en este planteamiento, pues una actitud positiva y activa puede trascender toda limitación física, y no limitar la interacción social.

Científicamente hablando “para recoger la (edad) sentida hay que recurrir a técnicas cualitativas y a métodos de investigación de las ciencias sociales, principalmente la antropología”⁽¹²⁾. O sea, no está en el certificado de nacimiento y no la puede recoger la estadística. Está en los discursos y experiencias vitales de cada mujer y de cada hombre que envejece. Por ejemplo, al alargarse la vida, las personas jubiladas se enfrentan a un periodo cuya

identidad se define fuera de la identidad laboral o de otros roles que se han asumido a lo largo del ciclo vital.

Las experiencias de edad atribuida y edad sentida se las debe analizar en un contexto más general de las percepciones sociales de la vejez en cada sociedad y la influencia de estas en aquellas. Así, la sociedad puede atribuir una edad mientras el sentimiento de aquella persona es el de otra edad y ninguna de las dos coinciden con la edad real o cronológica que tenga. El hecho de reflexionar sobre la edad sentida y atribuida (o social) está estrechamente vinculado a los sistemas y relaciones de género.

Una mujer mayor entrevistada (Osorio 1999), al referirse a la adultez mayor, lo hace considerando todas las etapas del ciclo vital y sus transiciones: “Desde luego, usted tiene la infancia, en que usted depende totalmente de sus padres; después viene la adolescencia, en que usted está tratando de abrir sus alas y tratando de ser independiente; después viene esta vida de matrimonio. El matrimonio tiene sus etapas, algunas muy importantes, que son decisivas, ella es la menopausia, que es una etapa muy seria. Es una edad en que se les produce una decadencia física, tanto al hombre como a la mujer; entonces, después de eso, ya vienen las enfermedades, donde uno se muere, y empieza a quedar por lo menos uno solo. Esa es la edad, la tercera edad que hay que aprender a vivir” (mujer, 63 años).

La vejez y el proceso de envejecimiento es una etapa y un proceso que se aprenden. Dado que todo fenómeno que requiere de un proceso de aprendizaje, de socialización, es cultura, la adultez mayor se constituye en un fenómeno cultural, socialmente construido y compartido. Además, como todo fenómeno cultural, también es transmitido. Reproducir un modelo de vejez saludable, activa y participativa de mujeres y hombres mayores permitiría, incluso, mejorar la calidad de vida en esta etapa del ciclo vital, porque vivir de ese modo la vejez se va configurando como un ejemplo digno de ser imitado por las futuras generaciones. Si vamos a hablar de mujeres mayores y del proceso de envejecer, debemos partir escuchando a la propia mujer que envejece. En esta etapa de la vida, la persona mayor deja atrás la vida laboral y las responsabilidades de la adultez. El adulto mayor siente que ya ha cumplido con los hijos, con su educación, con la crianza. Y junto con la adultez mayor llega el momento de mirarse a sí misma.

Los valores que la cultura occidental resalta en torno a un ideal de persona mayor es aquel que permite a la persona de edad vivir como joven, rejuvenecido, vale decir, volver a sentirse joven; no obstante, vivir la vejez activa, y disfrutando oportunidades, hace que las personas mayores se reconozcan etáreamente y se valoren como tales, asumiendo un rol socializador y formador, bajo el alero de experiencias anteriores y de toda una vida acumulada.

El concepto occidental de vejez la concibe como la última etapa y el umbral de la muerte. La mayoría de las mujeres mayores que viven una vejez activa, saludable y participativa en su propio cuidado, rechaza de ante mano ese concepto de vejez y no lo acepta como digno de ser vivido. La actividad, y reconstruir redes de relaciones sociales, permite conceptualizar la adultez mayor en términos positivos y activos. De esta forma, las mujeres y hombres mayores no miden ni valoran la adultez mayor sólo por sus características físicas; esta etapa del ciclo vital no se agota en la arrugas, las canas o los 'achaques'.

En resumen, debemos considerar las relaciones de edad y género de forma simultánea dentro de un contexto cultural y social, porque por ejemplo, no resulta social ni científicamente adecuado pensar que las teorías o perspectivas teóricas dominantes sobre el carácter del trabajo de la vida doméstica de los adultos jóvenes sea adecuada para comprender la vida de las personas mayores. De igual forma, los diversos elementos y factores socioculturales y biológicos que contribuyen a configurar los universos vitales de las ancianas son diferentes de los que se refieren a los ancianos. En definitiva, el proceso de envejecimiento está marcado por el género, pues se desarrolla y presenta de forma diferente en hombres y mujeres.

La forma como hombres y mujeres mayores experimentan y viven el proceso de envejecimiento es un tema de relevancia social, económica e intelectual para nuestra sociedad en el siglo XXI⁽¹⁾. Demográficamente hablando, los últimos años han sido cruciales para el incremento del número de personas mayores en relación al total de la población, particularmente en el caso de las mujeres. Así, las mujeres mayores constituyen un grupo dominante en términos demográficos. Sin embargo, su mayoría numérica no necesariamente se traduce en una mayor incidencia en determinadas toma de decisiones en torno a su persona, salud y transiciones vitales y sociales.

Referencias

- 1- Montecino, S. "Hacia una antropología del género en Chile". En Montecino, Castro y De La Parra (comps.), *Mujeres, Espejos y Fragmentos*. Santiago de Chile, C&C Aconcagua, 2003: 21-34.
- 2- Scott, J. "Gender: a useful category of historical analysis". En *American Historical Review* 91, 1986.
- 3- Lamas, M. "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género". En Lamas (comp.), *El género, la construcción cultural de la diferencia sexual*. 1996: 330.
- 4- Matamala, M. I. et al. *Calidad de la Atención. Género ¿Salud Reproductiva de las Mujeres?* Santiago de Chile, Reproducciones América, 1995: 25.
- 5- Ortner, S. "¿Es la Mujer con respecto al Hombre lo que la Naturaleza con respecto a la Cultura?". En *Antropología y Feminismo*. Barcelona, Eneagrama, 1979.
- 6- Montecino, S. "Devenir de una traslación: de la mujer al género o de lo universal a lo particular", en Montecino y Rebolledo, *Conceptos de Género y Desarrollo. Serie Apuntes Docentes*. Santiago de Chile, PIEG, 1996.
- 7- Osorio, P. *En torno a la comprensión de la organización como un espacio de interacción lingüístico y cultural de los adultos mayores. Un estudio descriptivo del uso de la lengua en adultos mayores. Tesis de Título de Antropología Social, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, 1999.*
- 8- Del Valle, T. "Contrastes en la Percepción de la Edad". En Virginia Maquieira (comp.), *Mujeres mayores en el siglo XXI*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 2002: 45-58.
- 9- Bazo, M. T. *La sociedad anciana*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas y Siglo XXI, 1990. "Aportaciones de las personas mayores

a la sociedad". En *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N° 73, 1996: 209-222.

10- Villaseca, P., E. Gutiérrez, P. Ríos et al. "Mujer y Vida después de los sesenta: Género y salud, el despertar de una conciencia crítica". En Donoso Valenzuela, N y S. Pessoa Bertonni (ed). *Mujer, Salud y Desarrollo. Santiago de Chile, Organización Panamericana de la Salud, Ministerio de Salud y Servicio Nacional de la Mujer, 1995: 113.*

11- Santamarina, C. "Nuevas mujeres en nuevas realidades socioculturales". En Maqueira, *Mujeres mayores en el siglo XXI. Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 2002.*

Aspectos Psicosociales del Climaterio y Menopausia

PATRICIA HAMEL BARBOSA

Académica Departamento de Psiquiatría y Salud Mental,
Facultad de Medicina, Campus Sur, Universidad de Chile.

LOS TIEMPOS han cambiado y hoy, cada vez más, se ha avanzado en el conocimiento del climaterio y la menopausia. Además existe una gran profusión de información a través de los medios de comunicación masivos respecto a este período, por lo que muchos mitos del pasado ya casi no tienen vigencia. Sin embargo, esta información no es homogénea en la población y existen sectores que se atienen a creencias tradicionales, aunque las estadísticas digan lo contrario. La menopausia no es una enfermedad y el climaterio es una nueva etapa en la vida de las mujeres, como lo fue la pubertad y la adolescencia, en que ambos son períodos de transición pero con claro sentido opuesto, son cambios fisiológicos normales del desarrollo evolutivo que tienen repercusiones psicológicas en interacción con el medio social. En otro trabajo hemos denominado la etapa del climaterio como "el segundo cambio", en alusión al primer cambio, la pubertad. El cambio biológico es universal, pero sus repercusiones y manifestaciones van a variar dependiendo del contexto psicológico y social en que éste se dé.

Los seres humanos nacen y se desarrollan en contextos sociales. Los aspectos psicológicos de las personas están interrelacionados con el contexto socio-cultural y con lo biológico, y son imposibles de separar, constituyendo una unidad biopsicosocial. Desde este punto de vista, el climaterio y la menopausia constituyen una transición lenta y compleja, que involucra variables interrelacionadas: genéticas, biológicas, psicológicas, familiares, sociológicas, económicas, étnicas y culturales. El climaterio es un período en el proceso de vida de la mujer, que abarca aproximadamente 10 a 20 años y marca la transición del estado reproductor al no reproductor. Debe ser considerado un pro-